

Dime que te cuento y te diré que aprendes

Padre Marcelo Rivas Sánchez

www.diosbendice.org

Ir a los más lejanos. Es acercarnos a los Caseríos.

Estoy tratando de adaptarme al nuevo signo de los tiempos: **“La Nueva Evangelización”** que no es otra cosa, sino darme cuenta que Dios alcanza a todos y de forma especial a lo que están más lejos, ya sea por vivir indiferentemente o por la geografía donde habitan. Pero también porque hay personas que, dentro de su humildad e ignorancia, están siendo bombardeados y necesitan que les ayudemos a comprender la idea amorosa de Dios, que no castiga, condena, sino que abraza y acoge.

Al comienzo, en obediencia al Señor Arzobispo, no entendía, pero si sabía que Dios escribe recto en líneas torcidas, para que hoy pueda con orgullo cristiano leer con esperanza a Marcos 16,15 **“Vaya al mundo entero y proclame el Evangelio a toda la creación”** Palabras de aliento y que nos hacen recordar que al subir el Señor a los cielos eso mismo le pide a su Iglesia (Juan 20,21) Les hablo de algo esencial a todos que se concentra en el ser misionero de cada uno en el compromiso evangélico.

No crean que sea fácil. Todo cuesta y más cuando uno ha pasado tantos años en la gran ciudad y ya con 28 años de sacerdocio uno empieza a esconder las fuerzas. Pero Dios es el que actúa y existimos para evangelizar, lo demás es cuento. Desde esta óptica he visto a los habitantes de los caseríos confundidos, atrapados en una sarta de mentiras que muchas sectas practican para exprimirlos con el diezmo, la esclavitud de un mal servicio de visitar hogares y de forma especial, lavando el cerebro para que no puedan ver lo que está a su alrededor y sean serviciales a ellos y no servidores del amor de Dios.

Esas sectas, que son expresiones de muchas divisiones y enfrentamientos entre otras tantas y variadas, desfiguran a Cristo Jesús, ya que lo hacen esclavo de sus pasiones materiales y tesis absurdas. Aprovechan la soledad y proponen un grupo acogedor; luego se esconden en la novedad saben muy bien que a la gente le gusta lo mágico y por eso ofrecen soluciones rápidas. Además, ofrecen una respuesta a la pérdida de valores, perfección del ser humano como el dominio de la mente, del cuerpo, incluso de la misma muerte. Creen en la reencarnación y la pronta llegada del mundo feliz.

En los caseríos las sectas aprovechan de su humildad y sencillez para engañarlos y al aceptar sus mensajes comienzan a cambiarlos. Quien entra ya no es la misma persona que regresa a casa. Obligadas a separarse de sus familias (despreciarlas), de su trabajo, de sus estudios, de sus amigos, de su

amor. Le cambian hasta el modo de hablar. Ya no son alegres, se encierran en su mundo sectario. Dándole rienda suelta a las alucinaciones nocturnas y toda clase de revelaciones. Todo esto para aprovecharse de ellos y hagan lo que se les pida.

Esto es amparado por el estado que no regula, que deja actuar y hasta le conviene porque en río revuelto ganancia de pescadores. De las sectas, la más peligrosa son los Testigos de Jehová, secta que se dividió de los adventistas del Séptimo Día, en los Estados Unidos. Su fundador, Russell, montó un negocio editorial a base de vender libros. Ella es catalogada de destructiva por la Organización Mundial de la Salud por ir en contra de la caridad al negar las transfusiones de sangre a sus adeptos.

Necesitamos una Nueva Evangelización. Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión al mejor estilo de Juan Pablo II. Aquí no es hacer algo diferente o llamativo. Se busca tener una nueva actitud de forma audaz, decidida y en armonía. Por ello, volviendo al mandato universal del Señor, nos corresponde llevar ese Evangelio a todos, pues Dios quiere “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4)

Para ello: en visitas programadas y preparadas colocar en el centro Cristo Jesús presentado en lenguaje sencillo y asequible. Recuperar la celebración de los misterios de Cristo, especialmente la de los sacramentos en humildad y solemnidad. Evangelizar las tradiciones en especial la piedad popular. Crear la conciencia de que no estamos solos, que formamos parte de la Iglesia. Cuidar la catequesis y desarrollarla. Preparar con ardor la Catequesis a los adultos para despertar la fe y hacerles caer en la cuenta que Dios nunca los ha abandonado. Acercarnos y dar testimonio del amor y respeto para incorporarnos a ellos en sus anhelos y aspiraciones como hombres y mujeres. Colaborar con la educación, el desarrollo social y la caridad. La Iglesia, que somos todos y que siempre hace una invitación a la santidad.

Ellos necesitan de nosotros y nosotros de ellos. La fe nos acerca a Jesús y desde Jesús nos motivamos todos. La persona de Jesús, que sale a nuestro encuentro, nos cambia y al hacerlo nos convierte para hacernos una persona nueva (2 Corintios 5,17)

Dios les bendiga siempre.

mrivassnchez@gmail.com @padrerivas

La Resurrección

Todos hemos pasado por la dolorosa amargura de ver partir a un ser querido en ese momento duro de la muerte. La noticia, la morgue, la funeraria, velación, la familia que viene de lejos, el hermano que no le hablaba, el cementerio... Y todo esto trae la pregunta: ¿Qué hay más allá?

Desde que el mundo es mundo esta pregunta ronda nuestras vidas y muchos pueblos lo despejan de diferentes maneras. Por ejemplo los egipcios creían que el alma seguiría avanzando por un tiempo indefinido y regresa al cuerpo y por lo cual había que conservar el cuerpo para ese momento. (Embalsamamiento, momificación) Los griegos pensaban que el alma encerrada en el cuerpo y venía la muerte a darle libertad. En ese Hades bebían del agua para olvidar lo terreno, pero el alma sin la paz volvía, se encarnaba. Hasta la negación de lo sobrenatural que sería el materialismo.

Para nosotros, Católicos, es sabido que la resurrección de los cuerpos tiene carácter de dogma, es decir artículo de fe en donde no hay duda. Para ello nos apoyaremos en el Credo de los Apóstoles, el Concilio de Lyon, el de Letrán y desde el Antiguo – Nuevo Testamento y sin dejar a un lado las enseñanzas de la Tradición Cristiana.

En el Antiguo Testamento desde Daniel escuchamos: "Muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para una vida eterna, otros para la ignominia, la infamia eterna" (12, 2) También Ezequiel con aquellos huesos secos que fueron reordenados y revivificados (37) Isaías nos recalca: "¡Que vuestros muertos revivan! ¡Que sus cadáveres resuciten! ¡Que despierten y canten aquellos que yacen sepultados, porque vuestro rocío es un rocío de luz y la tierra restituirá el día a las sombras" (26, 19) Y no olvidemos a Job quien desolado se levanta: "Yo lo sé: mi vengador está vivo, y aparecerá, finalmente, sobre la tierra. Por detrás de mi piel, que envolverá eso, en mi propia carne, veré a Dios. Yo mismo lo contemplaré, mis ojos lo verán, y no los ojos de otro" (19, 25-27)

Ya en el Nuevo Testamento, después de la muerte de Lázaro, Marta manifiesta su creencia: "Sé que [él] ha de resurgir en la resurrección en el último día" (Jn 11, 24). Contundente, San Pablo no duda en poner la resurrección final al mismo nivel de certeza de la resurrección de Cristo: "Ahora, si se predica que Jesús resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de los muertos, Cristo no resucitó. Si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación, y también es vana vuestra fe" (1Cor 15, 12-14).

Y por último, supremo testimonio, el propio Cristo Nuestro Señor no sólo supone la resurrección de la carne como cosa bien sabida, sino también la defiende contra los ataques de los saduceos: "En la resurrección de los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres, maridos, sino

serán como los ángeles de Dios en el Cielo. Pero, en cuanto a la resurrección de los muertos, no leísteis en el libro de Moisés cómo Dios le habló de la zarza, diciendo: '¿Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?' Él no es Dios de muertos, sino de vivos" (Mc 12, 25-27; Mt 22, 30-32). El Mesías todavía declararía esa verdad en otros pasajes (Jn 5, 28-29; 6,39-40; 11, 25; Lc 14,14).

La doctrina de la resurrección en la Tradición cristiana

Los Padres, Doctores e insignes teólogos siguieron con firmeza el recto camino trazado por el Divino Maestro. En el siglo II, San Policarpo dio el apodo de primogénito de Satanás al que niegue la resurrección y el juicio¹. Arístides afirma que los cristianos guardan los mandamientos porque esperan la resurrección de los muertos². Atenágoras escribió un tratado entero sobre la resurrección de los muertos, en el cual demuestra primero la posibilidad de la resurrección, su conveniencia y necesidad; después prueba que el hombre es inmortal, ya que es racional; y como, por otra parte, está compuesto de alma y cuerpo, él no puede conseguir con perfección su fin y su bienaventuranza si el cuerpo no vuelve a unirse con el alma.

Santo Irineo enseña que nuestros cuerpos, nutridos con el manjar eucarístico, reciben la semilla de la resurrección³. En el siglo III quien con más brillo defendió la resurrección futura fue Tertuliano. Esta carne que Dios formó con sus manos y según su propia imagen, que animó con su soplo a semejanza de su vida (...) ¿esta carne no resucitará? ¿Esta carne que es de Dios a tantos títulos?⁴.

Un testimonio de San Agustín: Resucitará esta carne, la misma que es sepultada, la misma que muere, esta misma que vemos, que palpamos, que tiene necesidad de comer y de beber para conservar la vida; esta carne que sufre enfermedades y dolores, esta misma tiene que resucitar, los malos para siempre penar, y los buenos para que sean transformados⁵.

Aunque respaldada por tantos y tan serios testimonios, no deja de ser una maravilla imaginar que, en un día conocido sólo por el Altísimo, al toque de las trompetas angélicas, millones de cuerpos emergerán de las profundidades de los océanos, surgir de las entrañas de la tierra, y juntos, levantarán los ojos al Creador, que entonces separará a los suyos (cf. Mt 25, 31-33).

Contenido publicado en es.gaudiumpress.org, en el enlace <http://es.gaudiumpress.org/content/45384#ixzz2PPnqIbeH>
Se autoriza su publicación desde que cite la fuente.